



Pablo Iglesias Simón. *Justo en medio del paralelo 38*. Madrid: Ediciones Antígona, 2013



Pablo Iglesias Simón, dramaturgo, director, investigador teatral y cinematográfico y profesor titular de Dirección de Escena en la RESAD, acaba de publicar en Ediciones Antígona *Justo en medio del paralelo 38*, finalista del XXXVI Premi Born de Teatre 2011, un drama “transmoderno” en forma de thriller -del que por cierto existe una versión inédita, reversible e infinita, en forma de cinta de Möbius-, que muestra una hora de ese bucle infinito en el que se encuentra prisionero el protagonista, un ser atrapado en su pasado que vuelve al sótano donde vivió su infancia robada para enfrentarse a sí mismo en mitad de la noche. El cambio del horario de invierno, que obliga a retroceder el tiempo una hora, refuerza el ambiente claustrofóbico, indicio del encierro vital, así como la angustia del protagonista en su continuo y cíclico tormento.

Pablo Iglesias Simón -también autor de *El lado oeste del Golden Gate* (2009), en muchos aspectos haz o envés de *Justo en medio del paralelo 38*- representa el paradigma del hombre de teatro que ha sido capaz de materializar desde muy joven un proyecto personal de escritura dramática y puesta en escena claro, perfectamente trazado y lógicamente ejecutado. Hasta tal punto que, como si de un *alter ego* se tratara, el autor parece identificarse con el protagonista en ese caminar hacia un presente ya escrito en alguna parte, por qué no en su propio imaginario, que conforma un universo -o multiverso- muy personal y complejo, del que el autor nos ofrece posibles soluciones en cada obra. “Creamos dramas, para construir universos” afirma el dramaturgo madrileño, quien por lo demás trata de presentar sobre el pliego/escenario aquello que el lector/espectador desconoce pero cree conocer.

*Justo en medio del paralelo 38* surge, en definitiva, del deseo irremediable que siente el personaje/autor -“Me has llamado [tú]” advierte Jacobo a El hombre de las gafas de sol rotas- de emprender un viaje iniciático hacia el germen o matriz, hacia un espacio originario indefinido, único y múltiple a la vez, que le confiera una identidad y lo reconozca como individuo. Solo que para llegar a dicho término debe volver constantemente sobre sus pasos. Paradójicamente también, ese lugar tan solo puede acabar existiendo en la mente del lector/espectador, con quien aquel termina identificándose cuando comprende como él que conocer el sentido del camino supone un pliegue sobre sí mismo, la meta lógica y absurda al mismo tiempo de un viaje inútil, el de su quimérica huida en busca de la propia identificación liberadora.

Más aún y paralelamente, la obra de Pablo Iglesias Simón supone también un regreso al presente desde el pasado, como resultado de un cruce de caminos que convergen en un ahora impregnado de huellas personales, tantas que el terreno queda funestamente enfangado y convertido en una especie de negro agujero sobre el que surge una radiografía, la del personaje despersonalizado, de débiles transparencias. Despersonalizado por cuanto carece de autoconsciencia -“¿Quién eres?”, “¿Quién eres tú?” preguntan El hombre de las gafas de sol rotas y El hombre que ha entrado sin llamar, respectivamente-; por su sentimiento de extrañeza ante un medio que siente desrealizado -“O puede que seamos el fruto de una historia fantástica inventada por un alma rota” sospecha Javier-; por su indecisión y automatismo pragmáticos -“No puedo irme y tampoco puedo quedarme” asegura Jacobo y más adelante, evocando a Godot, “Tampoco tenemos nada mejor que hacer, ¿no? Solo esperar”-; por su alteración de la vigilia o sueño -Javier pregunta a Jacobo: “¿Y ahora? ¿Estás despierto ahora?”-; por su desapego familiar -“Te habías vuelto un pequeño ermitaño. Un bicho raro en el que ya nadie se fija” acusa ¿El Otro? a Jacobo-; incluso por el anhelo de aniquilación, fruto de una esquizofrenia vivida desde el momento exacto en que eligió una incierta liberación del lugar que había identificado certera o erróneamente como presidio -“Soy...<<el Otro>>” confiesa Javier como seña de identidad-.

Es entonces cuando comienza el conflicto epistemológico, cuando el re-nombrar supone re-vivir, de manera que dos realidades denominadas de manera idéntica adquieren idéntica naturaleza, una identidad nominal que convierte en unidad cualquier desdoblamiento. Tanto en el sentido

aristotélico del término -Aristóteles entendía la identidad como unidad, un ser idéntico a sí mismo, tomándolo para ello como dos-, como leibniziano -trasladándola al individuo, Leibniz entendió la identidad, siglos más tarde, como la ligazón perfecta del futuro con el pasado-. Solo así es posible, por ejemplo, que la acción comience y termine a las 2:34, porque en ese bucle temporal infinito las 2:34 son percibidas idénticamente cada hora.

Por otra parte, lejos de practicar un teatro deshumanizante ni deshumanizado, para Pablo Iglesias Simón “quizás no hay nada más humano que la tecnología porque es nuestra capacidad de cambiar la naturaleza, de cambiar nuestra realidad”. Por y para ello, des-plega todas las hipótesis científicas y recursos tecnológicos que sean necesarios en cada obra de forma cuántica, ya múltiple -*El lado oeste del Golden Gate*-, ya autoconsistente -*Justo en medio del paralelo 38*-. No importa cómo, siempre y cuando el héroe siga luchando trágicamente contra su propia fatalidad, que en este caso da pie a un nuevo y mismo destino solapado.

*Justo en medio del paralelo 38*, por último, pretende recuperar el asombro, la magia y el misterio en un mundo, el nuestro, habitado por niños robados, lleno de identidades secuestradas, de encierros, mentiras y angustias, de identidades desdobladas y desemejantes, que provocan en el individuo, ya sea autor, personaje o lector/espectador, un pliegue espacio-temporal inevitable, análogo a su pulsión emocional.

Miguel Ángel Jiménez Aguilar